

Contra la belleza

Rafael Gumcio

Cleopatra, según dicen los arqueólogos, era fea. Pericles era deforme, Sócrates sucio, Homero ciego, Napoleón pequeño. Nadie recuerda la cara ni el cuerpo de ningún actor del teatro The Globe de Shakespeare; Shakespeare mismo era un hombre común, casi tan común como Mahoma o Cristo, a quien nadie se dio el trabajo de alabar por su físico en vida. Yo, en cambio, viví de niño y adolescente rodeado de héroes bellos. Actrices y modelos, por cierto, pero también políticos como el Che Guervara, cantantes como Jim Morrison, poetas como Rimbaud, actores como James Dean, presentes en afiches y rayados en los muros, referentes obligados de todo debate. Imágenes que reemplazan y anulaban mil palabras. La belleza fue para mi generación un argumento político más, una forma de poder que se nos impuso sin preguntarnos.

La foto de Yalta en febrero de 1945 fue así una especie de despedida: Churchill como último líder mundial con derecho a la gordura, Roosevelt el último presidente norteamericano que pudo guardar como un secreto su invalidez, Stalin el último revolucionario con cuerpo y cara de funcionario. El marxismo, el capitalismo a la americana o el nazismo declararon una ética nueva, pero apenas alcanzaron a ser la revisión de una estética antigua. Una belleza distinta que terminaba casi siempre por ser la misma: la rubiedad de senos turgentes que dialogaba dialécticamente con la misma rubiedad, esta vez delgada y evanescente, al borde mismo de convertirse en un espectro.

El rostro de los héroes que al principio ilustraba la portada de los manifiestos se convirtió en el manifiesto mismo. El cuerpo, el rostro, heredado y tribal, gobernaban sobre la razón y la voluntad. La belleza, en especial ese tipo directo y fatal de belleza de los afiches, era una fiesta a la que no estaba invitado, una puerta que se cerraba una y otra vez en mi cara. No sólo porque era más feo, más chico o más torpe de lo normal, sino porque nunca hubiera podido posar con esa seriedad, con esa inmovilidad, con esa impasible edad sin edad del que va a morir o desaparecer antes de poder ser juzgado.

La belleza era inmortal porque sabía morir antes de que sus proporciones, su exactitud, su frescor se marchitaran. Hasta Marilyn Monroe, la diosa que brillaba sin problemas en la comedia, tenía que morir temprano, morir antes, morir urgentemente para poder convertirse en un afiche.

La muerte no sólo era parte del contrato, sino su cláusula más importante. Sabía pocas cosas, pero sabía una muy bien: no quería morir. No quería que me mataran, no quería a los que mataban. Todo eso me prometía la belleza. El resto de mi vida he visto cumplir una y otra vez esa promesa: la muerte, siempre la muerte, tan bella, tan terrible, tan impasible, tan final.

[...]

A los feos, a los normales, la muerte nos trunca, nos acaba, nos desaparece. A los bellos, en cambio, la muerte los revela, los completa, los purifica, los explica. Gran parte de su vida consiste en buscarla. Así, el Che Guevara en Bolivia preparó con más cuidado, con más paciencia, su captura y su fusilamiento que toda su guerrilla; James Dean se destrozó en su Porsche 550 Spyder el único día que andaba lento y con cuidado. Rimbaud murió con una pierna menos y fiebre en el resto del cuerpo, convertido en un feliz comerciante de armas; Jim Morrison completamente ebrio en un tina en París. Muertos a tiempo, muertos en un solo tiempo, incapaces de asumir la flexibilidad, de cambiar de disfraz, de rostro, de cara.

Morir con una época, morir con su edad y al mismo tiempo matar a su época, acabar con su era. Porque no hubo revolución a la cubana después del Che; Rimbaud tuvo muchos admiradores pero ningún discípulo; el Actors Studio ya no fue lo mismo sin James Dean, y no sólo los Doors sino también la música de los sesenta se acabaron en esa tina donde su líder perdió el poco aliento que le quedaba.

El Che empezó a ser bello recién cuando la revolución necesitó que lo fuese. Al entrar en la Habana era apenas un barbudo más. Fue una foto de Albert Korda la que lo aisló, la que encontró un gesto, un segundo, y lo hizo universalmente bello. Dicen los testimonios de la época que el Che, poco amigo de la higiene y la coquetería, aceptó el papel de icono como un deber al que no le dejaron negarse. Un sacrificio por la causa. ¿Qué habría pasado con el Che si la cámara de Korda hubiese captado los colores? ¿No conviene los altos contrastes del blanco y negro al discurso sin matices, sin perfecta adecuación de una imagen a un discurso?

El Che en colores no sería ya el Che.

[...]

Lo que amamos en los bellos es la condensación en pocas imágenes, pocos libros, pocas películas, de una sola idea. La belleza es escasa porque es una síntesis, un resumen, una consecuencia y nunca un proceso. Los bellos marcan épocas, pero casi nunca las crean. No podrían hacerlo; son siempre los últimos, nunca los primeros. Amamos así en la belleza de los héroes una convención, un acuerdo que nos libera de las paradojas que tanto confunden al hombre común, la definición de lo que antes de ellos era indefinible, es decir, contradictorio y por eso mucho más peligroso. “Esto es un poeta maldito” y “esto un revolucionario”; “aquel de más allá un rockero” y “este último un rebelde sin causa”. ¿Quién elige y con qué criterio? ¿Por qué el Che y no Camilo Cienfuegos? ¿Por qué Rimbaud y no Verlaine? ¿Por qué Jim Morrison y no Arthur Lee o Brian Jones?

[...]

¿Y la belleza interior? Quasimodo llevándose a Esmeralda al campanario de Notre Dame y Levin enamorando a Kitty en Ana Karenina: la famosa belleza del alma que se abre camino a través de la carne, que siempre miente. Esa idea, tan reciente, tan exigua, tan difícil de probar, es quizás justamente una rebeldía ante la tiranía de los bellos, una herramienta política, un mito de salvación. La libertad, dice Lévinas, que nos distingue y nos explica a los occidentales, nace justamente de romper con la fatalidad de la historia, la genética y la

geografía. Somos libres porque podemos ser nuestros propios padres, porque somos dueños de nuestra propia belleza, de nuestra propia fuerza, de nuestra propia voluntad.

El feo Sócrates, que a punta de teorías sobre la belleza espiritual enamora al hermoso Alcibiades, fue condenado a muerte por lo mismo, por subvertir el orden del Estado en que la belleza física es el emblema más visible. La belleza interior es así un atentado que rompe la convivencia mínima entre los que aceptamos que lo que vemos, es, y lo que no vemos, no es. Nos hace creer que podemos ser bellos a nuestra manera, que podemos entonces ser libres a nuestra manera.

La belleza es cruel, pero también quienes la desprecian suelen ser despiadados. La belleza física nos obliga a agacharnos humildemente ante el mundo, a arrodillarnos ante la carne, el paisaje, la escultura de una Venus sin brazos.

Como la cocaína o la heroína, la belleza anula nuestra voluntad, apaga nuestra independencia, nos ata a los caprichos de cualquier traficante que nos entrega por una hora o dos a la modelo translúcida o al héroe al que el viento le despeina suavemente la melena. Nuestras identidades desdobladas y fantasmas se anudan y desanudan como volutas de humo. La belleza es una droga que no se puede consumir pero que sin embargo activa en nosotros todos los mecanismos del consumo. La necesidad de obtener, comprar o vendernos a cualquier costo, entregarnos, perdernos, disolvernos hasta el olvido, el de ella, el nuestro, el del mundo entero.

La muerte ya no importa bajo el poder de la belleza, porque la belleza la desafía y seduce. Al mirarla fijamente, al mirarla entera, al no dejar ni un segundo de verla, el vecindario, los autos que atropellan cachorros, la llovizna miserable que mata a un mendigo, deja de importarnos.

[...]

Después de todo, pienso ahora, era una desconfianza política la que me alejó de la belleza desde niño. Presentía oscuramente que, detrás de un rostro bello, se escondía un monstruo. Un tirano, un magnate, una secta, una tribu que también quiere ese otro poder, el de dejarnos babeando detrás de una melena y dos ojos azules. La belleza, demasiado pronto, siempre y en todas partes, ya no intenta hacer real lo abstracto, sino abstracto lo real. Animal terrible, con su veneno la araña de la belleza hace líquido todo lo que es sólido en nosotros. Nos disuelve antes de absorbernos, poco a poco, con impecable paciencia, hasta no dejar nada de nuestra voluntad.

La belleza ha sacado de nosotros todo su poder, dejándonos en un infinito valle de impotencia. Es el territorio del Juicio Final de Miguel Ángel, donde los diablos levantan del suelo una piel sin hueso ni carne. Nuestra piel, nuestro rostro blando, cayendo de entre las manos de un demonio menor.